señar algo provechoso y dar un giro mejor á la imaginacion de la mujer que es la aficionada á esta clase de escritos.

De otro modo, el cronista por mas entretenido que encuentre ese trabajo infecundo en México, acabará al fin por fastidiarse de él y arrojar la pluma, como Bertoldo el loco del cuento de Hoffmann arroja sus pinceles fatigado del colorido y del eterno embrollo de su tarea."

Esto me dijo un amigo muy juicioso, que ha viajado y leido mucho, cuando le anuncié que tenia intencion de escribir una revista para entretener á mis lectores con los sucesos de la semana.

Al acabar de oirlo, solté la pluma.

Noviembre—1880.

VI

Los espectáculos.

La novedad en materia de espectáculos no está en el teatro Principal, donde una atarazada compañía saca de su gargüero enronquecido las fastidiosas notas de una música zarzuelera, vieja como el mundo. No está allí donde una juventud educada en las cantinas y falta de virilidad hace ostentacion cínica de despreocupacion, que no es mas que descortesía, pidiendo á voces que

se canten coplas obscenas, como los antiguos libertos del Bajo-Imperio pedian movimientos lascivos á los histriones de las *Atelanas*.

No: allí no hay mas novedad que la de reconocer que ha bajado mucho el nivel moral de México, puesto que hay mujeres que escuchan sin ruborizarse semejantes crudezas que son un insulto á su dignidad, y puesto que hay padres de familia que lo soportan. El gracejo lúbrico de esas coplas y de esas danzas, está muy lejos de parecerse al gracejo de las óperas bufas que velan con las gracias del estilo y con el encanto de la música las escabrosidades del concepto. Dejemos las tandas del Principal á los que se sueñan calaveras porque beben un poco de rom, y porque quisieran ver sobre la escena los cuadros del marqués de Sade.

Tampoco hay nada de nuevo en el Gran teatro Nacional, donde se repiten las soporíferas piezas del repertorio español que escuchan silenciosos y abatidos algunos espectadores, y donde la *Redoma Encantada* hace

todavía las delicias del público de la tarde, aniñado como siempre.

La novedad, en nuestro concepto, la única que puede llamar la atencion en estos dias de Noviembre y en los de Diciembre, se halla ¡quién lo creyera! en el teatrito de América, en los altos del antiguo Seminario, en el viejo y destartalado salon al que se sube por tres escaleras empinadas é incómodas.

¡Los títeres! ¿lo oís? ¡los títeres! Pero no los títeres que estamos acostumbrados á ver, sino una maravilla de títeres, como apénas han visto iguales las barracas ambulantes de Italia, los teatrillos ahumados de Inglaterra, y las tiendas de féria de Francia.

¡Oh! mi viejo sábio Mariantonio Lupi y Swift y Fielding, y Voltaire, y Addisson, y Gœthe, y Byron, y Charles Nodier, y Alfonso Karr y todos los admiradores de estos magníficos y graciosos actores de madera y de barro ¡cómo os encantaríais en el ahumado, caliente y estrecho teatro de América, si viérais los títeres de Aranda!

Así se llama el jefe de una familia de artistas de Huamantla que era seguramente un tesoro escondido y que por ventura ha venido á descolgarse por esta gran ciudad, fastidiada hasta la múrria con los comediantes de carne y hueso.

No hubiéramos sospechado nunca que el arte del griego Pothein, del inglés Powel, de Bertrand y de Seraphin, de Aycardo y de Espino, hubiera hecho tamaños progresos en un rincon apartado del Estado de Tlaxcala.

Pero es la verdad, y hemos quedado admirados y satisfechos.

Porque hemos de advertir que somos admiradores de los títeres, que veneramos su santa antigüedad que se remonta hasta el Egipto de los Faraones, que han rivalizado con los trágicos de Eurípides y con los cómicos de Aristófanes, que han dado brillo á la religion en la Edad Media, conservando los *Pasos* y que han traido ellos tambien su contingente de luz, de poesía, de

belleza á la corriente del mundo moderno.

Comprendemos bien que los orgullosos, los grandes de la tierra, los sábios se encogerán de hombros ante nuestro amor inocente á este espectáculo.... Es claro:

"Non omnes arbusta juvant, humilesque myricæ."

como dijera Virgilio. Pero á nosotros nos encanta este humilde teatrillo popular, donde rie el niño y medita el hombre, donde tomó Milton su inspiracion para el *Paraiso Perdido* y Gœthe vió en accion la leyenda de Fausto.

¿Por qué, pues, avergonzarse de confesar una aficion que ha estado glorificada por tan grandes hombres y patrocinada siempre por el pueblo?

Pero volvamos á los títeres de Aranda.

La manera con que se mueven es la misma antigua; el *castillo* presenta el mismo aspecto de un teatro; las perspectivas son muy bien hechas. Pero lo que hay de sorprendente, es la habilidad suma con que son

imitados los movimientos humanos y los de los animales. Hay, entre otros cuadros, el de una pelea de gallos que rivaliza con la realidad. Con razon la numerosísima concurrencia de todas las noches pide siempre *la pelea de gallos*. Las pobres aves, enfurecidas, alzan golilla, combaten, como si un pequeño demonio interior las agitara.

Todos los cuadros son admirables, pero sobre todo, el que sobresale y al que invitamos á nuestros amigos literatos y escritores, es el de la *procesion*. Merece una descripcion circunstanciada.

Es un cuadro apacible y bellísimo de la vida de aldea, en las montañas de Puebla; un idilio religioso, una joya de realismo y de sencillez encantadora.

El teatro representa una aldehuela; algunas casitas rústicas á la izquierda del espectador, adornadas de arbolillos, cercadas, con su portal, y una plazoleta que forma el fondo. A la derecha, algunos muros pertenecientes á otra casa, y en segundo tér-

mino, verdes colinas, suaves y risueñas.

Un indígena acomodado, vestido como los montañeses, con camisa y calzoneras de cuero color de tabaco, está esperando la visita de la *Purísima Concepcion* que debe conducir de otro pueblecito el señor cura, en procesion solemne, acompañado por algunas comadres y amigas.

Entre tanto, el indígena, que ha preparado un altar para recibir á la santa, se entretiene en adornarlo lo mejor que puede con ramilletes y candelabros, y su mujer riega flores en el camino que ha de seguir la procesion.

Esta llega por fin, con sus acólitos que traen los ciriales encendidos y la cruz alta y con la vírgen cargada en andas, tras de la cual viene el cura revestido de sobrepelliz y estola y acompañado de un grupo de vecinos y comadres. El indígena no cabe en sí de dicha, se arrodilla, besa la tierra, ayuda á colocar á la vírgen en el altar y saluda cortésmente al cura y á sus conocidos, in-

vitándoles para que pasen luego á descansar y tomar un refresco que les ha preparado.

Despues vuelve á rezar piadosamente delante de la vírgen, acompañado de su mujer, que se marcha luego á hacer los honores de la casa. Luego, el indígena, saca los bastones de las andas y va á colocarlos en el patio, trae el *popoxcontli* ó zahumador para incensar el altar y enciende las velas, lo cual es admirable en un títere.

Mientras tanto, y aquí comienza lo mas gracioso, ha llegado otro indígena músico, tocando una gran guitarra montañesa.

La orquesta entonces repite muchas veces una sonata melodiosa y agradable—*el torito* de la sierra de Puebla, uno de los sonecillos mas populares y mas bellos que tiene nuestra música nacional y que invitamos á conocer á nuestros compositores, seguros de que sacarán provecho de esa melodía salvaje que pocas veces habrán oido, pues se diferencia bastante de la que con el mis-

mo nombre se toca en los pueblos del Valle de México.

Que vayan á oirlo y ¿por qué no? Se sabe bien que Haydn se inspiró muchas veces en las canciones de esos músicos ambulantes y que no se desdeñó, él, el autor del *Oratorio* de escribir música para los títeres.

El indígena concluye su faena y entónces aparece el *torito*, un torito de cohetes llevado por un indígena á quien precede una cuadrilla de segadores danzando, y á quien sigue una comitiva de muchachos que corren provocando al torito con sus frazadas y con sus gritos. Luego que los segadores y el torito mismo han hecho su reverencia delante del altar, el indígena llama á sus comensales y con una lumbre puesta al extremo de un palo, prende fuego al torito; que es una maravilla de pirotécnia, una miniatura que regocija hasta el delirio á los cien niños del salon. El torito, como sucede en las fiestas, corretea por la placilla, envuelto en sus chisporroteos de luz roja, azul

y blanca, disparando sus buscapiés entre los chicuelos que gritan, corren, se arremolinan y arman una zambra á la que no es superior la realidad misma.

Y una vez concluido el último cohete, cae el telon.

Baste decir que este cuadro de costumbres mexicanas se representa con tal naturalidad, que es difícil sospechar que está uno viendo autómatas. Parece mas bien que, asomado á un balcon, contempla uno esa fiestecita sencilla y graciosa de las aldeas indígenas de la montaña.

El que reproduce esta escena con tal propiedad y con un sentimiento estético, admirable, es un artista; un pintor de *género* quedaria abajo del asunto, porque sus figuras carecerian de movimiento. Los artistas que mueven los muñecos y arreglan la escena, se apellidan Rosete.

La orquesta que toca en el teatro de América, tambien es de Huamantla, y está bien combinada. Compónese de un salte-

rio, de un bajo, de un violin, de un contrabajo, de un clarinete que es el que dirige, de una corneta-piston y de una flauta. Esta orquesta, pequeña como es, ejecuta piezas muy bellamente.

Por supuesto que la entrada en el salon es difícil; la concurrencia se apiña, los lugares faltan y es necesario tener fortuna para ocupar un buen puesto. El público ha comprendido la superioridad del espectáculo y ha acudido en masa. El Sr. Aranda ha logrado, apesar de su modestia, hacer de su pequeño teatro lo que se llama una *great attraction.*